

La realidad de que el evangelio ha abierto nuestros ojos a la belleza de Cristo, no termina nuestra lucha contra los placeres de este mundo. Este libro nos enseña a enfrentar la seducción del mundo, por medio de mirar la gloria de Jesús. Si deseas una herramienta para pelear, por la gracia de Dios, las batallas que todo creyente enfrenta en el diario vivir, te animo a que aproveche este recurso. No es un libro simplemente moralista, es Cristo impulsando a la santidad.

Joselo Mercado, pastor principal de la Iglesia Gracia Soberana en Gaithersburg, Maryland y autor del libro “El Matrimonio que Agrada a Dios”.

Este es un libro que el mundo cristiano actual necesita urgentemente. El evangelio es el glorioso llamado a dejar de “ser del mundo” (Jn. 15:19) para ser de Cristo y estar con él por la eternidad (1 Ts. 4:17). Esa es la identidad y destino de todo creyente genuino. Los autores son pastores amigos que con sencillez te ayudarán a entender los aspectos bíblicos y prácticos de lo que significa obedecer el mandato de “no amar al mundo ni sus cosas” (1 Jn. 2:15). Te recomiendo ampliamente este libro, para que puedas deleitarte en permanecer en el amor de Cristo, quien dio su vida para que lo tengas a él (Jn. 15:9).

Carlos Contreras, pastor principal de la Iglesia Gracia Soberana en Cd. Juárez, México y es el Líder Regional de Sovereign Grace Ministries en Latinoamérica.

“Este libro está fundamentado en la Biblia y centrado en Cristo, lleno de gracia y verdad. Cada capítulo aumenta las exigencias (levanta la barra) de la vida cristiana sin caer en el legalismo. Uno de los libros más oportunos y más necesitados que he leído en años. Lo recomiendo encarecidamente”.

Randy Alcorn, fundador y director de Eternal Perspective Ministries; autor, *Heaven* y *The Treasure Principle*

“Este libro es bíblico, práctico, pastoral y sabio. Es honesto en cuanto a las tentaciones propias de autor, y ¡es tan específico que será controversial! Pero hay una necesidad enorme para un libro como este que sirva de reto hoy—para todos nosotros”.

Wayne Grudem, profesor de investigaciones de estudios teológicos y bíblicos, Phoenix Seminary

“La fortaleza de la obra es que los autores procuran con diligencia que los lectores no olviden la estricta centralidad en Dios del evangelio”.

D. A. Carson, profesor de investigaciones del Nuevo Testamento, Trinity Evangelical Divinity School; cofundador The Gospel Coalition

“Ya sé cuál es el primer libro al que voy a recurrir cuando un cristiano esté luchando con la mundanalidad—¡o que no lo esté haciendo, pero debería estarlo! Este es un libro del cual aprovecharé, por la gracia de Dios, una y otra vez”.

J. Ligon Duncan III, rector y director ejecutivo, Reformed Theological Seminary, Jackson, Mississippi

“Gracias a Dios por esta pequeña herramienta—suficientemente específica como para ser útil, suficientemente llena de gracia como para ser ¡realmente útil!”.

Mark Dever, pastor, Capitol Hill Baptist Church, Washington, DC; presidente, 9Marks

Mundanalidad:

Resistiendo la Seducción de un Mundo Caído

Editado por C. J. Mahaney

Redactado por:

C. J. Mahaney, Craig Cabaniss, Bob Kauflin, Dave Harvey, Jeff Purswell

EBI
EDITORIAL
BAUTISTA INDEPENDIENTE

Mundanalidad: Resistiendo la Seducción de un Mundo caído fue publicado en inglés como **Worldliness: Resisting the Seduction of a Fallen World.**

Worldliness: Resisting the Seduction of a Fallen World

Copyright © 2008 by Sovereign Grace Ministries

Published by Crossway

A publishing ministry of Good News Publishers

Wheaton, Illinois 60187, U.S.A.

This edition published by arrangement with Crossway.

All rights reserved.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960 ® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Reina-Valera 1960 ® usado con permiso.

© 2021

EB-565

ISBN 978-1-944839-99-4

Editorial Bautista Independiente

3417 Kenilworth Blvd, Sebring, FL 33870

www.ebi-bmm.org

(863) 382-6350

Printed in the United States of America

DEDICATORIA

A los pastores de *Sovereign Grace Ministries*, con gratitud y respecto hacia vuestra proclamación perseverante de Cristo, y de Cristo crucificado.

“Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gálatas 6:14).

Agradecimientos

Agradezco en especial a:

Nicole Whitacre (mi hija): “Chica Mayor” ya, sin tu ayuda no hubiera podido escribir o editar este libro. Sin tu ayuda, ¡no hubiera habido el libro! Qué gozo más inefable trabajar junto contigo en este proyecto. Cuando eras una niña siempre dijiste que querías escribir. Pensé que era una aspiración noble, pero jamás pensé que llegarías a ser una autora con obras publicadas. Pero Dios sabía que lograrías tu anhelo. Dios puso el deseo de escribir en tu corazón para que algún día pudieras servir a tu padre y a tu madre con los proyectos de escritura de ellos. Me conmueve hasta llorar cuando pienso en aquellos días hace tantos años cuando el Señor empezó a prepararte a servir a tus padres con tu don de redacción. Ahora me siento triste porque el libro se ha terminado y extrañaré hablar contigo sobre ello cada día. Te quiero con todo mi corazón.

También agradezco a:

Lane Dennis y Al Fisher. Gracias por estar abiertos a un libro de esta índole y por aguantar pacientemente a este escritor durante el largo proceso.

Thomas Womack, Lydía Brownback y Sarah Lewis, cuya destreza en el proceso de redacción y corrección ha hecho que sea más legible cada capítulo de este libro. Estamos agradecidos por sus corazones humildes mientras servían en las sombras.

Sarah Lewis, por su ayuda con las preguntas para discusión y aplicación.

Matt Wahl, por su diseño tan creativo de la cubierta.

Finalmente, agradezco a los muchos amigos que ayudaron de alguna manera para la realización de este libro (y quizás buscaban sus nombres en el listado de esta página); estamos en deuda con ustedes. ¡Si nombráramos a todos, esta página se extendería a muchas más! Pero, mientras que es imposible agradecer a cada persona individualmente aquí, queremos que todas sepan que estamos muy conscientes de la contribución de cada una y les agradecemos sinceramente por su aporte en este libro.

Índice

Contribuyentes	vii
Prefacio	ix
<i>John Piper</i>	
1. ¿Está Este Versículo en tu Biblia?	1
<i>C. J. Mahaney</i>	
2. Dios, Mi Corazón y las Redes.....	20
<i>Craig Cabaniss</i>	
3. Dios, Mi Corazón y la Música.....	47
<i>Bob Kauflin</i>	
4. Dios, Mi Corazón y las Cosas.....	67
<i>Dave Harvey</i>	
5. Dios, Mi Corazón y la Ropa.....	90
<i>C. J. Mahaney</i>	
6. Cómo Amar al Mundo.....	109
<i>Jeff Purswell</i>	
Apéndice A: <i>La Modestia a Examen</i>	136
Apéndice B: <i>Considerando Modestia el Día de tu Boda</i>	140
Preguntas para Discusión	142

Contribuyentes

Craig Cabaniss implantó la *Grace Church* en Frisco, Texas, en 2005 y sirve como su pastor principal. Previamente había sido pastor de la Iglesia Gracia en San Diego, California por nueve años.

Dave Harvey sirve en el equipo de liderazgo de *Sovereign Grace Ministries* donde supervisa la implantación de iglesias y el cuidado de las mismas. Es autor del libro *Cuando Pecadores Dicen, "Acepto": Descubriendo el Poder del Evangelio Para el Matrimonio*.

Bob Kauflin es el director del desarrollo de alabanza para *Sovereign Grace Ministries* y realiza labores del pastoreo y encargado de alabanza en *Covenant Life Church* en Gaithersburg, Maryland. Es autor de *Nuestra Adoración Importa: Guiando a Otros a Encontrarse con Dios*.

C. J. Mahaney dirige *Sovereign Grace Ministries* en su misión de establecer y fortalecer iglesias locales. Ha servido como pastor de *Covenant Life Church* en Gaithersburg, Maryland, por veintisiete años. Sus libros incluyen *Vivamos Centrados en la Cruz: El Evangelio como Centro de Nuestra Vida*.

Jeff Purswell es el decano del Colegio Pastoral de *Pastors College of Sovereign Grace Ministries*, es pastor de *Covenant Life Church* en Gaithersburg, Maryland. Es editor de *Doctrina Bíblica*, un compendio de *Teología Sistemática* por Wayne Grudem.

Prefacio

CREELO O NO, Noel y yo no nos besamos en nuestra boda. Era la época de los sesenta. Tenías que rebelarte. Podrías igual desnudarte, o no besarse. Escogimos no besarnos. Dentro del marco de nuestra inmadurez diría que fuera una buena elección.

Y así funcionaba mi vena rebelde la mayoría de las veces —con un conservadurismo descarado. ¡Toma eso, vosotros mundanos imitadores! No subiré a vuestro vagón liberal.

Ha sido una inclinación bastante útil. No ha habido algo demasiado piadoso al respecto, pero ha sido redimible. Y oro que al paso del tiempo ha sido redimida. Son verdades como encontrarás en este libro que han significado toda la diferencia.

Verdades del Evangelio. El Evangelio marca la diferencia entre que seas meramente conservador, o si estás conquistando la mundanalidad en el poder del Espíritu, para la gloria de Cristo.

C. J. Mahaney y su grupo, como siempre, se dedican a la labor de aplicar el Evangelio. ¿Cómo se ve cuando la sangre de Cristo gobierne la televisión, y el Internet, y el iPod, y el talonario, y el escote? La mayoría de la gente nunca ha planteado una pregunta así, mucho menos tratado de contestarla. La única manera que muchos encuentran para dibujar líneas es con una regla. La idea de que líneas puedan llegar a existir libre y amorosamente (y también con firmeza) como el fruto del Evangelio, es algo raro. Es por eso que este libro es tan valioso.

Esta banda de amantes del Evangelio está cercana a los retos reales que enfrentamos en la música, en el cine, en los medios de comunicación, en cuestión de posesiones materiales y en la modestia. Escriben como luchadores compañeros en el mundo. No escriben como un huido de la cultura popular, o un renegado de ella, sino imploran que utilicemos sensatez prudente, y están persuadidos de que la sencilla calificación de una película no iguala al discernimiento.

Están deseosos que la iglesia “Disfrute del mundo”, “Se comprometa con el mundo” y “Evangelice el mundo”. Pero también saben que no seremos útiles al mundo si nos conformamos a la medida del mundo. Y nos moldearemos al mundo sin un esfuerzo intencionado al contrario.

Lee este libro con comprensión. Quiero decir que cuando leas la oración, “El mundo a que Dios nos prohíbe amar es el mundo caído en pecado,” no digas: “¡Oye, Dios ama al mundo! Lo dice en Juan 3:16”. Estos tíos no son tontos. De hecho, son muy inteligentes. Así que, lee y veras lo que demanda el contexto. Sé inteligente con ellos.

Una palabra para pastores: este libro es un regalo para vosotros. Te ayudará ayudar a los demás —por medio del modelado que se hace, por medio de buena reflexión exegética, y por medio de su perspicacia bíblica y cultural. Puedo visualizar iglesias enteras leyendo el libro junto mientras el pastor exponga los fundamentos bíblicos desde el púlpito. ¡Qué potente sería una temporada en la vida de la iglesia!

El apóstol Pablo tenía una visión para nuestras mentes: “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (Filipenses 4:8).

Que el Señor de toda belleza purifique nuestras mentes a fin de que estas virtudes sean nuestras mayores delicias. Al final y a cabo, la suma total de la belleza es Cristo, y el pecado de toda mundanalidad es el de disminuir nuestra capacidad de verle a él, de estar satisfecho con él y de mostrarle a él convincentemente a un mundo perecedero.

John Piper

Canciller de Bethlehem College and Seminar

Minneapolis, Minnesota

EE.UU.

Capítulo Uno

¿Está Este Versículo en tu Biblia?

C. J. Mahaney

ENCORVADO CON INTENSA ATENCIÓN, con navaja en la mano, Tomás Jefferson (tercer presidente de los EE.UU.) cortaba cuidadosamente las páginas de la Sagrada Escritura, extirpando pasajes selectos y pegando otros juntos para crear una biblia más a su medida. La “Biblia de Jefferson”. Un libro con el cual podría estar a gusto.

Lo que no encontró lugar en la Biblia de Jefferson fue cualquier concepto que contradecía su cosmovisión personal. ¿El infierno? No puede ser. ¿Lo sobrenatural? Ni pensarlo. ¿La ira de Dios contra el pecado? No, no lo creo. Las auténticas palabras de Dios fueron dejadas en la papelera como tantas migas que sobran.

Todo cristiano se estremece a tal presunción tan arrogante. Ningún creyente verdadero se atrevería con semejante audacia intentar crear su propia Biblia, omitiendo abiertamente textos que no le gustaran.

Pero si fuésemos sinceros admitiríamos que nosotros también tenemos una Biblia de nuestra propia fabricación —una Biblia metafórica al menos— pero una de quita y pon, corta y pega de cualquier modo. Porque si ignoramos cualquier porción de la Palabra de Dios —intencionada, conveniente o deliberadamente— nosotros también somos culpables de la gran ofensa de Jefferson.

Tristemente, yo mismo he sido culpable en más de una ocasión. He abierto mi Biblia y me he movido rápidamente a los pasajes de ánimo y

de seguridad, tratando de evitar los textos difíciles y desafiantes mientras tanto.

Aquí hay un versículo que encuentro fácil de ignorar. Son las palabras sencillas y provocativas de 1 Juan 2:15a:

“No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo”.

No hay nada sutil en esta oración. Es abrupto —y directo, solo contiene doce palabras. Es categórico: “*No améis al mundo*”. Es extenso: “(No améis cualquier cosa) que está en el mundo”. Y es intrusivo, dirigida de manera estratégica a lo que más deseamos: “(todas) las cosas que están en el mundo”.

Prohíbe mundanalidad sin titubeos ni medias tintas.

El versículo 1 de Juan 2:15 no es un versículo que solemos subrayar cuando llegamos a ello en nuestra lectura diaria de la Biblia. No tendemos a apuntar “*No améis al mundo*” en una tarjeta para meditar en ello en nuestro camino al trabajo. No solemos escuchar muchos sermones sobre este versículo y su prohibición contundente del pecado de la mundanalidad.

Leemos y vivimos como si no perteneciera a nuestra Biblia.

Corte, corte, corte, y otro tijeretazo más.

Antes de que nos demos cuenta tenemos una Biblia como la de Jefferson, y 1 de Juan 2:15 no se encuentra en ella en ninguna parte.

Guarda las Tijeras

¿Por qué intentamos crear una Biblia que excluye este mandamiento?

Quizás por toda su sencillez, no sabemos con exactitud lo que significa. ¿Qué es lo que su autor, Juan, está tratando de decirnos? ¿Qué significa para un cristiano? ¿Qué significa para mí —no amar al mundo?

¿Significa que no puedo ver MTV, o ver películas calificadas como “R” (para +18 años)? ¿Tengo que renunciar mis programas de televisión favoritos? ¿Está bien si veo una película si aprieto el botón “adelantar” cuando llega a la escena de sexo?

¿Son más mundanos ciertos estilos de música que otros? ¿Es la música *rap* o *indie* que tengo grabado en mi tableta aceptable?

¿Cómo sabré si estoy pasando demasiado tiempo jugando a videojuegos o viendo videos de YouTube en internet?

¿Puede un cristiano ganar mucho dinero, tener una segunda vivienda, conducir un coche nuevo o disfrutar de la suntuosidad de la vida moderna?

¿Soy mundana si leo revistas sobre la moda o llevo ropa de moda? ¿Tengo que vestirme como una monja para llevar una vida piadosa? ¿Cuán corta es demasiado corta para una falda? ¿Cuán bajo es demasiado bajo para un escote?

¿Cómo sabré yo si soy culpable del pecado de la mundanalidad?

Tal vez tengas preguntas como estas. Pero de pronto, si eres sincero, no quieres saber las respuestas a ellas —al menos no desde la pluma de pastores mayores y desconectados como yo y mis coautores. Podrías suponer que estamos fuera de la corriente actual y que la mundanalidad es la preocupación predecible de hombres mayores de cuarenta años que no pueden relacionarse con, o entender la generación joven del día de hoy.

Quizás te preocupa que el propósito de este libro sea imponer unas restricciones legalistas e imponer unas reglas poco realistas. La idea de “resistir la seducción de un mundo caído” suena como algo de un “Manual sobre la vida de los Amish”.¹ “Además,” reaccionas, “¿cómo podemos evangelizar al mundo si no nos relacionamos con el mundo?”.

O tal vez consideras todos estos asuntos cuestiones muy privadas: “¡No me digas cómo deba administrar mi relación con Dios!”. Nadie tiene el derecho de cuestionarle o entrometerse en su vida. Tus normas morales son sagradas. Tú sabes mejor que nadie cuánto del mundo puedes tolerar sin llegar a intoxicarte, y nadie tiene el derecho de limitarte cuando hayas tenido demasiado.

Cualquiera que sea la razón, este versículo te incomoda. Invade tu espacio personal. Tienes miedo de acercarte demasiado —estas doce pequeñas palabras podrían meterse entre tú y las cosas del mundo que te gustan. Eres reactivo a discutir el significado de “mundanalidad” porque entonces tal vez tendrías que cambiar.

De otro modo estás pensando que 1 Juan 2:15 (y por extensión este libro) no es aplicable a tu vida. Puede ser por tu edad, o por tu posición en la iglesia, o debido a tu reputación de piadoso, que piensas que eres

1 Una comunidad protestante establecida principalmente en los Estados Unidos de América, que se rige por normas estrictas y rechaza comodidades y tecnologías modernas.

inmune a la mundanalidad. Desde todas las perspectivas eres todo menos mundano —un miembro sólido en tu iglesia local, un cristiano ejemplar que adora fielmente en los cultos del domingo, y fielmente asiste a una célula. Nunca has cometido un pecado escandaloso. De hecho, puede que estés leyendo este libro para alguien más.

Si no ignoramos 1 Juan 2:15 directamente, a veces lo cargamos con condiciones. Quitamos la fila cortante con explicaciones. Lo despachamos como aplicable únicamente a la genta que sea “más mundana” que nosotros. Lo vaciamos de toda autoridad, su significado para nuestra vida cotidiana.

“No améis al mundo” no es, sin embargo, un mandamiento anticuado, o el remanente de una tradición demasiado victoriana. ¡*Es la Palabra de Dios!* Viene directamente a ti y a mí de un Padre Celestial amoroso. Y demanda nuestra más urgente de atenciones.

Porque si saltamos este versículo no somos solamente culpables de la arrogancia de fabricar nuestra propia Biblia; estamos en peligro de ser seducidos por un mundo caído.

Esta amenaza no se confina a un grupo específico de personas. ¡Todos somos susceptibles! No existe semejante cosa como inmunidad basada en la edad, en una posición o la capacidad de absorber el mundo sin que nos afecte. Cuando hablamos de mundanalidad *todos* estamos en riesgo de caer.

¿No me crees? Entonces, permíteme presentarte a uno de los personajes más trágicos de la Biblia. Te presento a Demas.

Demas el Desertor

Si habría un hombre que te costaría tildar de “mundano” sería Demas. O así lo parecía.

Como un amigo íntimo y compañero de viajes del apóstol Pablo, Demas participó en la extensión del Evangelio y en el fortalecimiento de la iglesia recién empezada por todo el imperio romano. Salió de su casa, dejó su familia atrás y emprendió el largo, polvoriento y peligroso camino con el apóstol itinerante. Se puso al lado de Pablo —seguramente con gran riesgo personal— cuando el apóstol terminó en la cárcel por

primera vez. Leemos de él cuando enviaba saludos a la iglesia en Colosas y al hermano cristiano Filemón.

Todo indica que habría sido un cristiano modelo. Un hombre a que todos admiraríamos, respetaríamos y quisiéramos emular.

No obstante, una posdata en la segunda carta de Pablo a Timoteo declara, “Porque Demas me ha desamparado, amando este mundo” (2 Timoteo 4:10a).

Estas palabras suenan como una patada a la barriga. Es imposible leerlas sin percibir la profunda sensación de desolación que, sin duda alguna, sintió el apóstol.

¡Vaya tragedia! Una vida desperdiciada. Un testimonio arruinado. El Evangelio difamado. Para Demas, “*amando este mundo*”, no solo traicionó a Pablo y los hermanos —desertó al mismísimo Salvador.

¿Qué pasó? ¿Cómo se transformó, de ser un seguidor apasionado de Cristo, de ser un compañero leal del apóstol, de estar dispuesto a arriesgárselo todo por el Evangelio, a ser un *desertor*? ¿Dónde se descarrió de manera tan horrible?

Antes de que Demas se descarriara, gradualmente se dejó deslizar.

No, no fue de inmediato. Tampoco fue muy notable al principio. No se convirtió de un discípulo a un desertor en un solo día. No. Fue un debilitamiento lento, un sutil contaminarse y un conformarse finalmente al mundo.

Todos nosotros conocemos a un Demas —alguien que, como un meteorito espiritual, refulgía con la brillantez del amor de Cristo por un tiempo, luego, aparentemente, se alejaba del compañerismo y dio su espalda a Cristo. Quizás incluso llegó a caerse en un pecado fatal dejando a todos conjeturándose sobre lo que había sucedido.

Demasiadas veces ignoramos las señales, los síntomas de la mundanalidad. Personas pueden asistir fielmente a la iglesia, pueden cantar los coros, pueden prestar atención a las predicaciones (simuladamente) —y parecer igual a los demás por fuera, o como siempre habían sido ellos.

Pero por dentro pueden estar a la deriva. Él puede estar en la iglesia, pero no está allí de corazón. Ella puede cantar los himnos, pero sin afecto alguno. Puede que esté oyendo una exposición bíblica, pero sin prestar atención. O escucha, pero no aplica las verdades expuestas.

El amor por el mundo empieza en el alma. Es sutil y no siempre se percibe por los demás, a menudo pasa sin detectarse por las personas que lentamente se están sucumbiendo a sus mentiras.

Todo empieza con una consciencia adormecida y un alma apática. El pecado ya no entristece como antes. Su pasión para Cristo comienza a enfriarse. Sus afectos espirituales se apagan. La ilusión por participar en su iglesia se disminuye. Su ímpetu por evangelizar cae en declive. Sus avances en madurez espiritual se estancan.

De este modo la persona que en un momento estaba genuinamente apasionada por el Señor —como Demas— es tomado cautivo lentamente por el pecado.

El discípulo toma un paso más hacia ser un desertor.

Entonces la pregunta, ¿estás dejándote deslizar hacia el mundo?

“O, no es serio,” dices. “Es que he estado en una temporada muy liado. Puede ser que no esté tan entusiasmado por el Evangelio o la vida cristiana como solía estar, pero estoy bien. Sigo asistiendo a la iglesia. No es como que haya dejado a Dios ni nada de eso. Solo es que he estado un poco ocupado últimamente. Volveré a encarrilarme pronto”.

¿Hubo un tiempo en el cual estabas apasionado por Dios, cuando estabas tan devoto y enamorado del Salvador que se notaba? Demas también estaba así.

¿Y qué de ahora? ¿Te has enamorado con este mundo presente?

Lamentablemente muchos cristianos están inconscientes del peligro que les acecha. Es debido en gran parte porque hemos desoído versículos como 1 Juan 2:15. Hemos llegado a estar desensibilizados al peligro claro y presente de la mundanalidad.

Nuestro Carácter Distintivo Perdido

El autor James Hunter observa que hemos “perdido una medida de claridad” cuando se trata de cómo nos relacionamos con el mundo. Explica,

Evangélicos todavía adhieren a prohibiciones a relaciones premaritales, extramaritales y homosexuales. Pero, aun así, la actitud hacia estas prohibiciones se ha ablandado notablemente.

Este ablandamiento, señala, produce un resultado inevitable:

Muchas de las distinciones que separaba conducta cristiana de “conducta mundana” han sido desafiadas si no totalmente desautorizadas. Hasta las mismas palabras “mundano” y “mundanalidad” han perdido, dentro de una sola generación su significado tradicional.²

Nos hemos ablandado. Hemos perdido claridad. Dentro de una generación “mundano” y “mundanalidad” han perdido su sentido, llegando a ser meras recortes como migas en el suelo de nuestras vidas. Las distinciones entre conducta cristiana y mundana —tan claras en una época— se han difuminado más allá de cualquier semblanza de reconocimiento. El terraplén resbaladizo que llevaba una persona a la deriva hasta ser una desertora ha llegado a ser en pocos años aún más escurridizo. Esta pérdida rápida de claridad se ha culminado en una crisis.

A diferencia de muchos de nuestros hermanos cristianos que viven en países gobernados con regímenes opresivos —donde la iglesia está prosperando, por cierto— nosotros en Occidente no nos enfrentamos amenazas inminentes a nuestras familias, estilos de vida o bienestar por el sencillo hecho de profesar fe en Cristo. Nuestro peligro es mucho más oscuro y mucho más insidioso. No estamos bajo el ataque desde fuera; estamos decayendo desde dentro. Nuestro éxito como embajadores para Cristo, como testigos del poder transformador del poder del Evangelio está en la cuerda floja.

Hemos bajado la guardia contra la mundanalidad. A la medida que el amor por las cosas del mundo ha infiltrado la iglesia, ha diluido y debilitado nuestro testimonio. De hecho, amenaza con acallar nuestra llamada clarín hacia el arrepentimiento y la fe en el Salvador.

Carlos Spurgeon, escribiendo hace 150 años hablaba agudamente al problema de la iglesia en su día, que es igual al del que existe en nuestro día, “Yo creo,” afirmaba, “que una de las razones por las que la iglesia de Dios en este presente momento tiene tan poca influencia sobre el mundo es debido a que el mundo tiene tanta influencia sobre la iglesia”.³

2 James Davison Hunter, *Evangelicalism: The Coming Generation* (Chicago: University of Chicago Press, 1987), 63.

3 Charles Spurgeon, “How to Become Fishers of Men” (sermón, Metropolitan Tabernacle, Londres, Sermon no. 1906; sin fecha).

Corroborando su premisa aún más, invita a que la historia misma sea su testigo:

Pon tu dedo en cualquier página próspera de la historia de la iglesia y encontrarás una nota marginal que dirá así, “En esta época los hombres podrían prever con facilidad dónde empezaba la iglesia y dónde terminaba el mundo”. Jamás ha habido buenos tiempos cuando la Iglesia y el mundo fuesen unidos en matrimonio la una con el otro. Cuanto más la Iglesia sea distinta del mundo en sus actos y en sus máximas, más verdadero será su testimonio para Cristo y más potente será su testigo contra el pecado.⁴

Cuanto más grande sea nuestra diferencia del mundo, más auténtico será nuestro testimonio para Cristo —y cuanto más potente nuestro testigo en contra al pecado. Pero, tristemente, no existe mucha diferencia el día de hoy. Las líneas de distinción se han difuminado. La falta de claridad entre la iglesia y el mundo ha minado nuestro testimonio para Cristo y ha minado nuestro testimonio en contra al pecado. En las palabras de Spurgeon una vez más, “La mundanalidad está penetrando a toda la iglesia; está recubierta de ella como el musgo.”⁵

¿Existe una Diferencia?

En tu manera de ver las cosas, ¿están las líneas entre la conducta cristiana y mundana borrosas? Más importantemente, ¿las son en tu vida? Pongámoslo en otras palabras, ¿es tu estilo de vida marcadamente diferente que la de una persona no cristiana?

Imagínate que tomo un examen “ciego” en el cual mi deber es identificar el seguidor genuino de Jesucristo. Mis elecciones son una persona no regenerada, y tú.

Se me dan dos informes detallando las conversaciones que se tengan, la actividad en Internet de las dos personas, sus maneras de vestirse, sus listados de canciones en su iPod, sus hábitos de ver la televisión, sus aficiones y hobbies, sus actividades de ocio, sus transacciones financieras, sus pensamientos, sus pasiones y sus sueños.

4 Charles Spurgeon, “Separating the Precious from the Vile” (sermón, Metropolitan Tabernacle, Londres, 25 de marzo 1860).

5 Charles Spurgeon, “Confidence and Concern” (sermón, Metropolitan Tabernacle, Londres, 8 de agosto 1886).

La pregunta es: ¿Podría distinguir entre las dos personas? ¿Podría discernir una clara diferencia entre tú y tu vecino, tu compañero de trabajo, tu compañero de aula o tu amigo inconverso?

¿Se han borrado las líneas entre conducta cristiana y mundana *en tu vida* tanto que han llegado a ser indistinguibles a tal punto que en realidad no existe diferencia entre ellas?

Si es difícil detectar la diferencia, tal vez estés en peligro de dejarse llevar por el camino del desertor con Demas.

A la entrada del camino del desertor se ha puesto una señal de advertencia. Es 1 Juan 2:15: “No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo”.

Este pequeño libro es un llamado a prestar atención a este aviso. Es una súplica apasionada a una generación por la cual los peligros de la mundanalidad son posiblemente más peligrosos que para cualquier generación anterior.

Pero 1 Juan 2:15 no es simplemente un aviso de peligro, una señal que diga “Prohibida la Entrada”. Estas doce palabras (y los versículos siguientes) no meramente prohíben la mundanalidad dejándonos confundidos e inseguros en cuanto a dónde irnos. Sino señalan el camino a la vida en Cristo. Nos ayudan a ver el sendero hacia lo que Juan Newton llamó “gozos sólidos y tesoros duraderos”.⁶

A fin de entender este versículo debes primero entender la naturaleza de advertencias. No son restricciones legalistas de un Dios irritado que no desea que disfrutemos de la vida. Tampoco son reliquias de una época ya pasada, irrelevantes e inaplicables al día de hoy. No, advertencias son expresiones de la misericordia y la sabiduría de Dios. Nos han sido dadas para nuestra propia bien, para protegernos del pecado y sus consecuencias.

Así que, no ignoremos esta advertencia más. Peguemos de nuevo todos los textos que habíamos recortado, y recibamos del Señor su sabiduría y su misericordia encontradas en 1 Juan 2:15.

No Amemos, el ¿Qué?

De entrada, permíteme ser claro. El autor/editor de este libro (Juan), no está promoviendo una especie de separación monástica del mundo.

6 John Newton, “Glorious Things of Thee are Spoken,” (himno publicado 1770).

El “mundo” de 1 Juan 2:15 no se refiere a la naturaleza creada, o a los múltiples beneficios de poder vivir en la sociedad moderna como las electrodomésticas o la tecnología tanto médica como práctica. Dios creó el mundo en el principio y lo llamó “bueno en gran manera” (Génesis 1:31).

Tampoco se aplica este versículo a las estructuras económicas y sociales de la sociedad —nuestra familia, nuestros amigos, nuestras vocaciones y pasatiempos, nuestro campo de estudios, el gobierno o el pueblo en sí. Todas estas cosas han sido ordenadas por nuestro Padre Celestial. Como decía David, “De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan” (Salmo 24:1).

Y por supuesto hemos de amar a todos los hombres —no solo nuestros hermanos y hermanas en Cristo, sino también a todos aquellos que no sean creyentes— porque “Dios de tal manera amó al mundo” que dio su Hijo (Juan 3:16). De hecho, el verdadero amor por Dios es demostrado por una pasión creciente para contar a otros de su amor. (Esta es la razón por la cual mi buen amigo Jeff Purswell escribe la conclusión de este libro con un capítulo sobre cómo amar correctamente al mundo. ¿Suena paradójico? Sigue leyendo y verás por qué no lo es).

Entonces, ¿qué es el “mundo” a que estamos prohibidos amar?

El mundo que no debemos amar es *el sistema organizado de la civilización humana que es activamente hostil a Dios y en enemistad contra Dios*. El mundo que Dios nos prohíbe amar es el mundo caído donde la humanidad está en enemistad con Dios. Un mundo lleno de gente arrogante y autosuficiente que busca existir aparte de Dios y vive en oposición a Dios. Es un mundo más que merecedor de la ira justa de un Santo Dios. Opuesto e empeinado en contra del Evangelio de Jesucristo. Éste es el mundo que nos ha sido prohibido amar.

Mientras nos toca continuar *en* el mundo, no debemos llegar a ser *como* el mundo. En las palabras de John Stott, hemos de ser “ni conformados al mundo, ni contaminados por ello”.⁷ Pero este mundo pecador nos está constantemente provocando. Nuestra sociedad tan afluyente y tecnológicamente avanzada trae al mundo a la puerta de nuestro hogar. Ceba a nuestros ojos con tentación y nos hace cosquillas a nuestros oídos.

⁷ John Stott, *The Letters of John*, rev. ed. (Grand Rapids, MI; Eerdmans, 1988), 107.

Nos satura por los medios —bombardeados con imágenes en la televisión y la pantalla del cine, por la música en nuestros teléfonos y tabletas. Tenemos acceso sin límites a sus artimañas —por mensajes de texto en nuestros Smartphones, por medio del Internet en todos nuestros aparatos, computadoras, tabletas y teléfonos. Disfrutamos de incontables opciones para comprar ropa, coches, viajes, entretenimiento y música.

Obviamente estas cosas en sí no son malvadas, pero a menudo son los vehículos que transmiten los engaños de un mundo caído. Nos presentan oportunidades sinfín a perseguir placeres ilícitos sin referencia alguna a Dios o a su Palabra; oportunidades sinfín a ser seducidos por este mundo caído, a sucumbirse al pecado de la mundanidad.

Cada momento de cada día tomamos decisiones —si nos damos cuenta o no— entre el amor por un mundo que se opone a Dios, o el amor por un Cristo Resucitado.

Definamos “Mundanalidad”

Mundanalidad entonces, se consiste en amor por este mundo caído. Significa amar los valores y los deleites del mundo que se manifiestan en oposición a Dios. Específicamente nos referimos al hecho *de gratificar y exaltar a uno mismo a la exclusión de Dios*. La mundanalidad rechaza la *teocracia* (el gobierno de Dios) en nuestra vida y la sustituye por la *egocracia*, o el auto-gobierno de uno mismo (parecido a redactar nuestra propia Biblia). Exalta nuestras propias opiniones por encima de la verdad de Dios. Eleva nuestros deseos pecaminosos para las cosas de este mundo caído por encima de los mandamientos y promesas de Dios.

“La meta de personas mundanas”, observa Joel Beeke:

...es moverse adelante, en vez de hacia arriba, vivir en sentido horizontal en vez de vertical. Estas personas buscan una prosperidad externa en vez de la santidad interna. Irrumpen con deseos egoístas en vez de suplicaciones del corazón. Si no niegan abiertamente a Dios, le ignoran y le olvidan, o de otro modo le utilizan únicamente para sus fines personales. La mundanalidad... equivale a la naturaleza humana sin Dios.⁸

8 Joel Beeke, *Overcoming the World; Grace to Win the Daily Battle* (Phillipsburg, NJ: P&R, 2005), 16 (énfasis del autor).

¿Suena familiar esta descripción? ¿Te describe a ti?

¿Cuáles son en realidad tus metas en la vida? ¿Te impulsan hacia *delante* —hacia la seguridad económica, más amigos, hijos exitosos, cierta posición codiciada en el trabajo, el aprender un nuevo oficio o afición? ¿O te impulsan hacia *arriba* —hacia la obediencia a Dios, hacia el traerle gloria por encima de todo? ¿Qué es lo que te motiva a levantarte de la cama en la mañana?

Prueba con esto: ¿Qué es lo que domina tu mente y mueve tu corazón? ¿Es el descontentamiento con algún aspecto de tu vida? ¿Son los anhelos de placeres terrenales? ¿Te atrae la prosperidad material más que la madurez en piedad? ¿O tal vez tu vida en oración se caracteriza por la suplicación a Dios para que se haga su voluntad y que venga pronto su Reino?

¿Te relacionas con Dios como si existiera para agilizar tus propias ambiciones, o estás convencido de que existes para glorificarle a él? Iain Murray describe esta manera de vivir:

La mundanalidad significa alejarse de Dios. Es la manera de pensar antropo-céntrica; propone objetivos que demandan ningún rechazo a la naturaleza caída del hombre; juzga la importancia de las cosas por los resultados presentes y materiales; mide el éxito por las cifras; codicia lo elogios humanos y huye de la impopularidad; no conoce verdad alguna por la cual esté dispuesto a sufrir; detesta ser “un necio por causa de Cristo”. La mundanalidad es la mentalidad del no regenerado. Adopta ídolos y está en continua guerra contra Dios.⁹

¿Codicias la estima y la aprobación de los que te rodean? ¿Te esfuerzas mucho en evitar hacer el ridículo o sufrir el rechazo por tu fe cristiana? ¿Consideras que los resultados materiales y presentes son más importantes que tus premios eternos? ¿Te has alejado de Dios y has adoptado ídolos en su lugar? ¿Estás en guerra con Dios?

Reconozco que estas son cuestiones difíciles; pero son necesarias si deseas descubrir si has sido infectado con la enfermedad de la mundanalidad.

⁹ Iain Murray, *Evangelicalism Divided: A Record of Crucial Change in the Years 1850-2000* (Carlisle, PA; Banner of Truth, 2000), 255.

La Raíz del Asunto

Si mencionas la mundanidad en cualquier ámbito encontrarás sin falta puntos de vista en oposición entre cristianos. El conflicto entre estos puntos de vista a menudo revela un enfoque equivocado en cuestiones externas.

Algunos tratan de definir “mundanidad” como el vivir *fuera* de una lista de reglas o normas conservadoras. Si escuchas música con cierto ritmo, te vistes con ropa de moda, ves películas con ciertas calificaciones o participas en ciertas actividades de lujo que ofrece la sociedad, sin duda alguna debes ser mundano.

Otros, molestos y reacios a normas y reglas que les parece arbitrarias, reaccionan a diferentes definiciones de mundanidad con la premisa de que es imposible definir. A veces opinan que cualquier esfuerzo por definir el término resultará en legalismo, por ende, no debemos ni siquiera intentarlo.

¿Preparado para una sorpresa? Ambos puntos de vista están equivocados. Cuando nos fijamos exclusivamente en lo exterior, o descartamos la importancia de cuestiones de exterioridad, hemos perdido el enfoque primordial. El apóstol Juan —inspirado por el Espíritu Santo— lleva el debate a otra dimensión por completo.

Lo lleva hacia dentro.

Porque es allí en realidad donde se encuentra la mundanidad. Existe en nuestros corazones. La mundanidad no consiste en el comportamiento exterior, aunque nuestras acciones ciertamente pueden ser *evidencia* de mundanidad en el interior. Pero el lugar verdadero de la mundanidad es interno. Reside en nuestros corazones.

Lo vemos cuando miramos con detenimiento al versículo que sigue al texto: “Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo” (1 Juan 2:16).

Observa que al ampliar la idea del “mundo” Juan *no dice*, “esta particular manera de vestirse, esta manera de hablar, esta música, estas posesiones, etc.”. No, la esencia de la mundanidad se centra en el *apetito* del hombre pecaminoso, en la *pasión* de sus ojos, y en la *jactancia* sobre

lo que tiene y lo que hace. “Las características ‘mundanas’ de las cuales se refiere este versículo,” escribe el comentarista David Jackman, “son de hecho reacciones que están ocurriendo dentro de nosotros mientras contemplamos el ambiente exterior”.¹⁰

Inspirado por el Espíritu, Juan sabiamente llama nuestra atención al interior del hombre. La raíz de la cuestión mora *dentro* del hombre. Antes de que apliquemos esta revelación al mundo que nos rodea, tenemos que empezar con nosotros mismos, porque el meollo del asunto es interno, no del medio ambiente. Tenemos que aprender dónde la mundanalidad se esconde —dentro de nuestros corazones.

Cuando se Compiten las Concupiscencias

Con la frase “los deseos de la carne”, el blanco al que tira Juan es el corazón. Aunque cristianos tengan un nuevo corazón, el pecado restante en nuestras vidas produce pasiones que compiten con la supremacía de Dios en nuestros corazones.

David Powlison, parafraseando a Juan Calvino, escribió, “La maldad en nuestros deseos a menudo yace, no en lo que queremos, sino en el hecho de que lo queremos demasiado”.¹¹ Es difícil mejorar esta observación perspicaz. Los anhelos del hombre carnal son deseos legítimos que llegan a ser dioses falsos que adoramos. Queremos demasiado las cosas de este mundo caído.

Un antojo pecaminoso es así cuando un deseo legítimo de éxito financiero, por ejemplo, se convierte en una *demand*a silenciosa de éxito económico; cuando un interés en la ropa y la moda se convierte en una *obsesión*; cuando una fascinación con la música se convierte en una *manía* acerca de ciertos géneros o artistas; o cuando el sano deseo de ver una película entretenida se convierte en una *necesidad* de ver el último mega-éxito de taquilla.

Puede que no haya ninguna maldad en estos deseos en sí mismos; pero cuando dominan el paisaje de nuestras vidas —¡cuando *tenemos* que tenerlos a toda costa! —nos hemos entregado cuerpo y alma a la idolatría

10 David Jackman, *The Message of John's Letters* (Downers Grove, IL: Intervarsity, 1988), 61.

11 David Powlison, *Seeing with New Eyes: Counseling and the Human Condition through the Lens of Scripture* (Phillipsburg, NJ: P&R, 2003), 149.

y a la mundanalidad. Como decía Calvino, nuestro espíritu se hace ídolos, en todo tiempo y de manera permanente.¹² Los estamos manufacturando a un ritmo vertiginoso.

Consideremos la siguiente frase de Juan, “*los deseos de los ojos*”. Nuestros corazones tal vez generen pasiones pecaminosas, pero también pueden ser estimulados por lo que vemos. Los ojos mismos son un regalo precioso de Dios. Pero es cierto que representan ventanas a nuestras almas, brindándonos oportunidades de no sencillamente observar —sino codiciar. No limitemos esta actividad a pecado sexual; prácticamente cualquier cosa puede provocar la codicia en nuestras almas.

Entonces pregunto, ¿qué es lo que a ti te cautiva? Realmente, ¿qué es lo que predomina en tus pensamientos, qué clase de imágenes tiene el poderío de provocar atención y captivar tu mirada? Probablemente es lo que se está incidiendo en tu mente ahora mismo. Tenemos que preguntarnos, ¿cuánto valor tiene en realidad?

Si te excita más el estreno de una nueva película o videojuego que apuntarse a un ministerio y tu iglesia local; si te atraen las personas más por su apariencia física que por las virtudes de su carácter; o si te impresionan las estrellas de Hollywood, o los atletas profesionales a pesar de su clamorosa falta de integridad o moralidad —entonces estás siendo seducido por este mundo caído.

Finalmente comentamos sobre “*la vanagloria de la vida*” de nuestro texto. Estamos muy experimentados con esta tentación, ¿verdad? Tendemos a estar orgullosos de nuestro trabajo, de nuestros talentos o habilidades, de nuestro aspecto físico, nuestras posesiones o logros.

Quizás no somos tan arrogantes de jactarnos abiertamente, pero secretamente nos recreamos en lo que tenemos y en lo que hemos hecho. Tendemos a pensar que somos superiores a los demás a causa de nuestros bienes acumulados o hazañas llamativas, y queremos que otros se den cuenta. Déjame preguntarte, ¿cómo te identifiques? ¿Cómo se lee tu perfil en las redes? ¿Cuánto deseas que otros te reconozcan?

¿Piensas que eres tú el “tío con el puesto de trabajo más codiciable”, o “la chica más buena del salón”? ¿Eres aquella persona con el pedigrí

¹² Juan Calvino, *Institución de la Religión Cristiana* (Grand Rapids, MI: Libros Desafío, 2012), 62.

más llamativo, con los títulos más notables, o el C.V. más abultado? ¿No quieres ser el hombre del coche más rápido o la casa más grande? ¿Te obsesiones por ser el mejor en tu hobby, el más veloz de la carrera, el más ágil del deporte? ¿O tal vez sea tu familia que se goza de una ascendencia noble, o que destaca más que otras por su hermosura abolengo? ¿Son más ricos que la media, sus éxitos en bolsa o dividendos empresariales más impresionantes?

No podemos definirnos por cualquier posesión, logro o legado que tuviéramos en este mundo, y mucho menos presumir de ello. Al contrario, tenemos que identificarnos con Cristo y con su definición de grandeza: el siervo humilde y manso.

Las concupiscencias del hombre pecador... los deseos de sus ojos... el vanagloriarse por lo que tenga o haga; estas cosas forman el núcleo de la mundanalidad. No solemos identificar estos asuntos radicales del pecado de la mundanalidad. Una vez más, recorte, recorte, recorte —1 Juan 2:15 se queda fuera de “nuestra” versión de la Biblia, hecha a medida.

Donde No Hay Futuro

Después de destacar la impiedad de las cosas del mundo, a continuación, Juan expone su suprema futilidad: “Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Juan 2:17). El versículo está claro, estas cosas no perduran. Sino desaparecen.

Amigo mío, no quiero que desperdicies tu vida en busca de cosas que no perdurarán. No quiero que tengas lo que Juan Owen describió como “afecciones vivientes hacia posesiones moribundas”.¹³

No existe futuro en la mundanalidad. Ninguno. Este mundo es temporal y superficial, no satisface. Pues claro, lo sé, el mundo brilla y deslumbra. Lo sé porque he estado allí. Me sumergí en ello. Persegüé apasionadamente todo que tenía que ofrecer. ¿Y qué descubrí? Descubrí que no cumplió con lo que promocionaba. Me engañó. Lo que me entregó eran consecuencias no advertidas de las cuales no se me informó bien, y

13 John Owen, “Of Communion with God the Father, Son, and Holy Ghost,” en *The Works of John Owen* (Johnston and Hunter, 1850-1853); reimpresso Carlisle, PA: Banner of Truth, 1997), 2:150.

por supuesto no esperaba. El pecado lleva consigo las semillas de descontento y destrucción.

Las cosas del mundo —cuando las comparas a complacer a Dios, la vida eterna y una perspectiva celestial— siempre serán expuestas como inútiles y despreciables. Pero existe un futuro en la piedad, y es para todos los que hagan la voluntad de Dios. Ellos, en cambio, vivirán para siempre.

Lo que Más Importa

¿Y qué de ti? ¿Cuál escogerás tú? ¿Perseguirás los placeres engañosos y temporales del mundo? ¿O harás la voluntad de Dios que conlleva la promesa de vida eterna?

De pronto, mientras lees este capítulo te has dado cuenta de que estás deslizándote hacia el abismo. O quizás estás persiguiendo de manera apresurada los atractivos del mundo. O puede que tus afecciones hacia las cosas del mundo estén fuertes, mientras tu amor por Cristo esté débil.

¿Te encuentras atrapado, enredado en la red de la mundanalidad? ¿Se está instalando la desesperación en tu corazón? ¿Viene la auto-condena a tu puerta a menudo? ¿Te susurra lo siguiente, *“¡Jamás cambiarás! No podrás renunciar las cosas del mundo que adoras tanto. Mejor sería que ni lo intentes. ¿Estás ya vendido, no tienes esperanza?”*

Es cierto, el resistir a la mundanalidad requiere arduo vigor. Es un problema del interior de cada persona y duro trabajo de corazón se necesitará para extirparlo. Y es una batalla de toda la vida. Pero hemos de resistir su influencia hasta el último respiro.

Sin embargo, no es una lucha que se pelea con meramente con la fuerza de la voluntad, tampoco se vence ciegamente denegándola. No podemos superar la mundanalidad con nuestras propias fuerzas. No somos suficientes. Hace falta un poder superior al nuestro.

Así que, ¡no te desesperes! ¡Todo lo que necesitamos para vencer a la mundanalidad nos ha sido provisto ya!

El antídoto a la mundanalidad es la cruz de Jesucristo.

Únicamente por medio de la cruz de Cristo podremos superar la seducción de un mundo caído. La muerte del Salvador en la cruz es lo que

hace posible el perdón de pecado y suple el poder necesario para vencer al pecado. La cruz es la atracción que distrae nuestros corazones del atractivo de los placeres huecos y mortíferos de la mundanalidad.

Si quieres debilitar la influencia del mundo en tu vida de inmediato, obedece el sabio consejo de uno de los grandes médicos del alma, Juan Owen:

Cuando alguien fija su mirada en la cruz y el amor de Cristo, crucifica el mundo como si fuera una cosa muerta y no deseable. El cebo y el atractivo del pecado pierden su lustro y desaparecen. Llena tus afecciones con la cruz de Cristo y no tendrás lugar en el corazón para el pecado.¹⁴

¿Quieres de verdad que el mundo pierda su brillo? Entonces desplaza la mundanalidad rellenoando tu corazón con el encanto de la cruz de Cristo. Crucifica el mundo como cosa muerta e inerte, sin atractivo, meditando en el amor del Señor. Resiste el cebo del mundo poniendo tu mirada fijamente en la maravillosa cruz. Porque es “la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (Gálatas 6:14).

Carlos Spurgeon nos insta a “detenernos largo y tendido donde se oyen los gritos de dolor de la cruz”.¹⁵ Si hiciéramos esto, entonces las cosas de este mundo verdaderamente serían, “sin valor, a la luz del glorioso Señor”.¹⁶

Lo que ha de consumir nuestros pensamientos y afectos no es el empeño en oponerse a la mundanalidad, sino la gloria y la gracia de Dios reveladas en la cruz. Debemos tomar el pecado de la mundanalidad en serio, es correcto; por eso hemos escrito este libro. Pero su erradicación no es un fin en sí mismo. Luchar contra la mundanalidad es vital, pero no es la meta más significativa.

¹⁴ John Owen, *Sin and Temptation*, ed. and abr. James M. Houston (Vancouver: Regent, 1995), 62.

¹⁵ Charles Spurgeon, “To Lovers of Jesus” (sermon, Metropolitan Tabernacle, Londres, 2 de noviembre 1884).

¹⁶ Helen Howarth Lemmel, “Pon tus ojos en Cristo” (1922). *Himnos de Fe y Alabanza*, Libros Internacional.

¡Jesucristo es lo más importante! Debemos luchar contra la mundanalidad porque insensibiliza nuestro encanto por Cristo y distrae nuestra atención hacia él.

Mientras que resistir el mundo es el tema de este libro, exaltar a Cristo es su meta. Es por eso que cierro este capítulo, y finalmente el libro contemplando las maravillas de la cruz en la cual el Príncipe de la Gloria murió.

Medita en la cruz. Considera las maravillas del Salvador quien dio su vida por pecadores y se levantó victorioso sobre el pecado y la muerte. Detente largamente donde los gritos del Calvario se oigan más que el clamor del mundo.